

Réquiem por un maestro

JOSÉ MANUEL BLANCO VILLERO

(Académico de Número)

Frente a mi mesa de trabajo cuelgan las fotografías de las personas a las que he admirado y que, de una u otra forma, han influido en mi vida y en mi pensamiento. Allí, entre Albert Einstein, Bertrand Russell, Darwin y Cajal, aparece el retrato de un hombre de unos 60 años frente a su microscopio. Su mirada, entre socarrona e inquisitiva, se clava en la cámara. Su mano derecha sostiene unas inevitables gafas pret-a-porter que le acompañan en todo momento. Se trata del Profesor José Gómez Sánchez, Don José.

Él decía que las sesiones necrológicas son una suerte de funerales laicos que las Corporaciones ofrecen a la memoria de sus difuntos y que no debían transformarse en una *laudatio*, un panegírico o una síntesis biográfica. Si tuviésemos que definir a Don José simplificando al máximo, diría que fue un Maestro en su primera acepción “*persona de mérito relevante entre los de su clase*”. Y ese mérito lo demostró sobradamente en todos los ámbitos su existir.

Siguiendo su consejo me dejaré llevar principalmente por mis recuerdos que, desde su fallecimiento, se agolpan en mi mente.

Don José arriba a Cádiz en 1974, con cincuenta años cumplidos, para ocupar la Cátedra de Histología y Anatomía Patológica de su Facultad de Medicina. Y en este punto nuestras biografías se cruzan, ya que precisamente ese año yo iniciaba mis estudios de Medicina. ¿Cómo sería el nuevo Catedrático? nos preguntábamos. Recuerdo perfectamente la primera vez que entró en el Aula; lo hizo con paso firme, seguido de todos sus colaboradores, se sentó y ajustó las gafas en la frente; enrolló el cable alrededor del micrófono –todo ello una suerte de ritual- y empezó a hablar. La primera frase que pronunció fue “*los niveles higrométricos de esta ciudad son espeluznantes*”. En el alumnado, tras las primeras clases, se crearon dos facciones: a unos su forma de explicar, su riquísimo vocabulario, su dicción en suma, les embelesó. A otros les fastidiaba no poder coger apuntes literales y tener que comprar los libros recomendados, porque a D. José había que escucharlo y no intentar transcribir lo que decía. No dejaba indiferente a nadie; los que le admirábamos nos referíamos a él como "Don José" y para los que no, era simplemente "El Gómez".

Tanto me cautivó su personalidad que al año siguiente entré a formar parte de la Cátedra, tras enseñarle a D. José mi entonces humilde colección de escarabajos. Él me acogió, me compró materiales microquirúrgicos, un binocular estereoscópico y con todo ello empecé a practicar la disección de insectos.

Por aquel entonces, la Facultad de Medicina de Cádiz era una Facultad “de paso”, utilizada casi exclusivamente como trampolín para alcanzar metas más apetecidas. Pero había algo en él que hacía presagiar que era distinto a los demás. Como él mismo dijo: *“No sé si estaré mucho tiempo o poco tiempo, pero sí sé que estaré todo el tiempo”*. A la larga esta frase, un tanto enigmática, reveló su verdadero sentido, cuando se hizo patente que Don José había venido a Cádiz a quedarse y a formar una Escuela. Su mano firme y la autoridad que emanaba de su persona, hizo que se dotara adecuadamente a la Cátedra, organizando un Servicio de Anatomía Patológica adonde llegaban las biopsias no sólo del Hospital de Mora sino de todas partes, incluyendo mi añorado Hospital de Marina de San Carlos.

Si importante fue su actividad docente y asistencial, su actividad como Académico no quedó atrás. En 1980 es elegido Numerario de la Real Academia de Medicina de Cádiz para, desde 1988, ser Presidente y luego Presidente de Honor. En 1982 Académico Correspondiente de San Romualdo y desde 1984 Numerario de la Real Academia Hispano Americana, a cuya Junta de Gobierno perteneció hasta hace pocos meses en calidad de Censor. Su actividad Académica ha sido muy intensa y sería prolijo enumerar siquiera la multitud de conferencias que ha pronunciado sobre los más variados temas, desde el western hasta la música o el arco, amén de innumerables presentaciones y discursos de contestación. Esta incesante actividad le valió la concesión en 2007 de la Medalla de Honor del Instituto de Academias de Andalucía. Es curioso que tras lo mencionado él se definiera a si mismo como un *“perezoso hiperactivo”*.

Bajo su empuje se originan en la Cátedra abundantes trabajos científicos, Tesis Doctorales, Tesis de Licenciaturas y publicaciones. Se organizan Cursos de Doctorado y se pronuncian conferencias. Los primeros Profesores Titulares salidos de su Magisterio toman posesión de sus cargos. Luego, el primer Catedrático, los primeros Jefes de Servicio....

Un buen día del otoño de 1983 me presenté -vestido de uniforme por supuesto- en su Cátedra con la pretensión de que D. José me dejara hacer la Especialidad. Tras charlar un buen rato me dio su aprobación, espetándome: *“hijo mío, yo no soy militar, pero debe usted imaginar que llevo tres estrellas de ocho puntas tatuadas en la frente”*. De esta forma pasé de *“Insectívoro”* –mote que me puso al principio- a *“Anfibio”*, por proceder de la Infantería de Marina, aunque casi todos terminaron llamandome *“el teniente”*. De aquellos cuatro años pasados en la Cátedra podría contar infinidad de anécdotas. Recuerdo que en aquella época D. José era muy exigente y algo irascible. En cierta ocasión pidió a África -su secretaria- las preparaciones de un pez que había cenado noches antes. Tras examinarlas al microscopio exclamó mirándome:

-¿Óigame teniente: el pez que me he comido tenía cáncer.

Agarró el teléfono y llamó a Lina, su mujer.

-Lina, el pez que comimos la noche pasada tenía un carcinoma, pero no te preocupes que no se transmite por vía digestiva.

Al punto entra Africa y le dice de sopetón:

-¿ D. José, ha visto Vd. ya el cancer de mama pendiente?.

Tras montar en cólera y decir algunas barbaridades, se volvió hacia mí y como si nada hubiera sucedido me dijo:

-Para que Vd. vea hijo mío que un cáncer siempre es un cáncer, ya sea en un pez o en una persona.

Y es que las preparaciones de ambos casos habían sido colocadas en la misma bandeja.

En Septiembre de 1987, coincidiendo con la finalización de mi Especialidad, D. José, es jubilado anticipadamente; una “*depuración generacional*” según sus propias palabras. Sin embargo seguiría vinculado a la Universidad, ya que en 1989 es nombrado Profesor Emérito.

Ese mismo año -1987- puse en funcionamiento el servicio de Anatomía Patológica en el Hospital de Marina de San Carlos, por lo que ya no era necesario mandar biopsias a la Cátedra: “*Quien enseña, se roba a sí mismo*” solía decir D. José. Sin embargo en agradecimiento a tantos años de servicio y al hecho de haberme formado en su Cátedra, la Armada -a propuesta de Don Juan García Cubillana entonces Director del Hospital- le distinguió con la Cruz del Mérito Naval de Primera Clase. No era sin embargo la primera vez que se relacionaba con la Sanidad Militar. En efecto, en su etapa madrileña, desde 1955 a 1960, las biopsias del Hospital Militar Central Gómez Ulla le eran enviadas a su Laboratorio. Cuando era necesaria una biopsia intraoperatoria incluso le mandaban un coche oficial a su casa para recogerlo; curiosamente su contrato en ése Hospital era de “mozo de clínica”.

Terminada la Especialidad y antes de irme, Don José me dijo: “*hijo mío, usted podrá saber más o menos, pero para un patólogo la cualidad más importante es el carácter; nunca se deje amilanar por los cirujanos*”. Seguí su consejo y nunca tuve ningún problema con los cirujanos.

En noviembre de 2005, con motivo de la celebración de las bodas de plata de mi promoción -su primera promoción-, invitamos a Don José a participar en un entrañable acto que tuvo lugar en el Salón de Grados de la Facultad con presencia de su Decano; en este caso decana que es nuestra compañera de mesa hoy, la profesora Felicidad Rodríguez. Aquel acto, en el que tuve también el honor de presentarle, se convirtió a la postre en un homenaje a su persona. Su improvisada intervención resultó extraordinariamente divertida y terminamos preguntándole de todo lo divino y lo humano.

Dos años más tarde, en 2007, coincidiendo con una de las reuniones anuales de los “*Patólogos de Cádiz*”, le hicimos otro homenaje. Yo elaboré un power-point con fotografías que don José me proporcionó y que él fue comentando bajo el título de “*Recuerdos de mi vida como patólogo*”; algunas de estas fotografías las veremos después.

Más tarde, en febrero de 2009, le invité a participar en los actos de celebración del bicentenario del Hospital Naval de San Carlos y, como siempre, aceptó. Sería la última vez que yo le presentara. Nos habló de la figura de Luis Urtubey, médico de la Armada y Catedrático de Histología y Anatomía Patológica. Figura que él había estudiado y reivindicado, publicando incluso un libro sobre su persona.

Dicen que para conocer bien a un hombre hay que asomarse a su casa y especialmente a su despacho. Él mismo calificaba su casa como un “*Parque temático*”. Nunca olvidaré las tardes que pasé sentado en aquel despacho y que hoy me parece que fueron pocas. Paseando la vista por la estancia, uno podía darse cuenta de que estaba ante un hombre singular. Independientemente de los miles de libros repartidos por toda la casa, allí, en su despacho, había más cosas. Desde la defensa de un pez sierra hasta una enorme geoda de amatista, desde microscopios antiguos hasta una panoplia de armas cortas inutilizadas. También había condecoraciones tales como el Víctor de plata en reconocimiento al mérito deportivo en el ámbito universitario o la medalla de plata de la Federación española de montañismo. Y es que don José también fue escalador, no en vano fue Presidente de Honor y socio nº1 del grupo de montaña de nuestra querida Facultad. También hay recuerdos de sus actividades náuticas, pues era capitán de yate. En el libro de Diego Figuera “*Mis vidas y la cirugía*” el ilustre cirujano dedica dos capítulos a Don José; uno a su etapa de Patólogo en el Servicio de Martín Lagos y otro a las navegaciones que compartieron durante muchos años en Altea, incluyendo varios naufragios que Diego Figuera relata con anécdotas de todo tipo.

Pero en su casa había más cosas curiosas. Por ejemplo un taller de encuadernación. Don José, a mediados de los ochenta y admirado por las encuadernaciones de los Galván, había aprendido a encuadernar en tela. Como en otros ámbitos, su entusiasmo era contagioso y algunos miembros de la Cátedra, entre ellos yo, comenzamos a hacer pinitos en la materia. También era aficionado a crear artilugios de todo tipo para cuya fabricación contaba con un taller bien surtido de todas las herramientas y materiales necesarios.

Gracias a él tuve la oportunidad de conocer en su casa a personalidades tales como Ortiz-Picón y Pedro Laín Entralgo.

Don José era un verdadero Humanista, un hombre del Renacimiento, ilustrado como pocos. Un hombre de pensamiento independiente que decía siempre lo que quería decir y que sabía siempre lo que quería. Estoy completamente de acuerdo con Diego Figuera cuando dice de él, y cito textualmente, “*era un hombre singular, inteligente y culto, observador y crítico, tenía también un fino y a veces cruel sentido del humor; le encantaba meterse con los cirujanos y no perdía ocasión de criticarlos*”. Dominaba la Patología y la Historia, fue alpinista practicante, esquiador, excursionista, navegante y viajero, conocedor del mundo de las armas, lector infatigable, conversador ameno y cinéfilo exigente. Un hombre que ha llevado en la sangre la Universidad y la Docencia, creando una Escuela que sigue viva en todos sus discípulos. Como bien decía Don José

“siempre pudimos hacer algo más y lo que hicimos –poco o mucho–, siempre pudimos haberlo hecho mejor...”.

Para mí ha sido un honor haber sido su primero su alumno, discípulo después, compañero de Academias más tarde y por último, y mucho más importante, su amigo de. El recuerdo de Don José perdurará en mi memoria mientras viva y de eso no me cabe la menor duda. Muchas gracias.